

Reseña de Libros

Reseña, a modo de comentario libre, del libro:

El terror y la tortura, de Daniel Gil

Editorial Eppal, Montevideo, 1990.

Resulta difícil pensar sobre un proceso de terror colectivo cuando se está aun muy cerca de él. Como nos enseña el holocausto de la Segunda Guerra Mundial, se necesitan generaciones Interpuestas para poder hacerlo. Ser lector de un texto de esta índole, en este tiempo, tampoco resulta fácil. Es que el pensamiento de quién se interroga y encuentra palabras donde el dolor, el grito y el terror campear, va en contra de los objetivos que ese proceso tuvo, entre los cuales está, como sostiene el autor, la permanencia ahora en la interioridad, del miedo que en su momento fue impuesto brutalmente desde el exterior. Pero la interiorización del terror no podría darse si no hubiera ya en nosotros algo de ese orden. Con el desconocimiento y la desmemoria no hacemos sino ignorar lo que del terror y la tortura nos compete en tanto familiar y desconocido (unheimlich). Es por ello que los temas de este libro son humanos, terriblemente humanos y, como el autor nos ayuda ayer, atraviesan la historia del hombre.

El psicoanálisis desde sus orígenes en S. Freud se ha encargado de temas que tienen que ver con el sufrimiento humano; las miserias a las que no pocas veces conduce la angustia inherente a la condición conflictiva de la afectividad (vida-muerte), así como el malestar que implica la culturalización. La ignorancia de los motivos de este malestar, el cierre con respecto a nuestro deseos eróticos y destructivos, conducen al síntoma. a la locura, a la repetición, a la destrucción. Este hacerse cargo del sufrimiento afectivo humano que caracteriza a la práctica y teoría psicoanalíticas, condición subversiva del psicoanálisis como “peste”,

sostiene la esencia de nuestra tarea, aunque pocas veces podamos alcanzarla. El pensamiento psicoanalítico” (si podemos hablar de él), se distingue por su encarnadura en y desde la crudeza de la vida, lo que lo hace más difícil de elaborar, sujeto a pasiones, ilusiones, desilusiones, cegueras, dificultades inevitables de un observador comprometido en su objeto de investigación. Difícil encarnadura de la que da cuenta este libro.

El autor, que no necesita presentación en nuestro ambiente psicoanalítico y cultural, nuestro querido amigo y maestro Daniel Gil, comienza diciendo cómo nacieron los trabajos que integran este libro. Cita a Po I-Po: “Escribo sobre un tema/ que no le gusta a nadie./ Tampoco a mí./ Hay temas que no le gustan a nadie.” Esta es la característica de las cosas de las que se hace cargo el psicoanálisis aunque no solo el psicoanálisis). Como muchas veces lo leemos en trabajos de S. Freud, aparece al comienzo algo que evoca una justificación del autor al lector, un adelanto de que en la lectura van a surgir serías dificultades resistenciales, que lo que sigue toca hondo y doloroso. Es curioso que los trabajos psicoanalíticos cada vez menos preparan al lector y cada vez menos justifican el carácter de “peste” que le asignara S. Freud. Si la justificación inicial puede especialmente implicarnos a los analistas, dedicados por largas horas en nuestros consultorios a la escucha de los pacientes, cosa que muchas veces se entiende como un dedicarse a lo “interno”, apartándose de un “externo” o “realidad externa”. Esto nos debe hacer pensar. La separación “interno-externo” se sostiene muchas veces en una ilusión, otra de las que no llenen buen porvenir aunque perduren. En lo apartado quedan colocados aquellos aspectos que nos resultan más dolorosos y nuestra tarea corre el riesgo de las prácticas religiosas. La encarnadura es inevitable y con ella la pasión, el error y el poco de claridad que espasmódicamente, en el mejor de los casos, nos alienta en el camino. En este sentido opino que los textos de este libro poseen un sesgo típicamente freudiano: desde lo impensado que reaparece como terriblemente real; desde el silencio que impone el “secreto”, pieza clave para afianzar el

terror que hace impensable; y desde el interior de un duelo difícil de transitar por estos mismos escollos; poner nuestros instrumentos, en este caso psicoanalíticos ayudados por la historia y la filosofía, para empezar a pensar, o seguir pensando con otros y ayudar a destrabar una palabra amenazada, cuando no destrozada inexistente.

La destrucción de la palabra y su transformación en grito de cuerpo desgarrado, la destrucción del pensamiento, del yo, y el Intento de neoformación de un yo sumiso, aparecen como los objetivos de los sistemas de poder basados en el terror. La Inquisición Española le sirve de referencia al autor para sostener que importa más el control que lo controlado, que si bien buscaba la confesión de culpas, el objetivo principal no era ese sino crear una pedagogía del miedo y el terror” como forma de dominio para el poder político. Los sistemas de control tienen ese sentido y es paradigmático el modelo del “panóptico” de Jeremy Bentham, sistema de vigilancia que se interioriza y opera desde dentro del sujeto.

La tortura apunta en esta misma dirección. Es preciso actuar en el sentido de la destrucción psíquica del sujeto para lograr en él un nuevo yo sumiso. Este se convierte en ejemplo para afirmar la pedagogía del miedo a nivel general. La referencia que hace el autor al concepto de “Trauma psíquico” en S. Freud y en Ferenczi, así como al concepto de “Breakdown” de D. Winnicott, nos permiten empezar a pensar desde el psicoanálisis este hecho. Frente a la agresión traumática exterior el yo comienza su primer paso hacia la destrucción aislándose del entorno intolerable. La neoformación del si-mismo exige, siguiendo a Ferenczi, la destrucción total o parcial previa del yo. Los métodos utilizados: secuestro-detención; aislamiento con deprivación sensorial, lo que conduce a la pérdida de la noción de tiempo; imposibilidad de hablar; sometimiento absoluto, perdiendo toda privacidad (del cuerpo, del pensamiento); el ataque brutalmente agresivo al cuerpo; la consigna de decirlo

todo; etc.; recrean momentos muy primarios de desvalimiento e indefensión, donde el torturador ocupa el lugar del “ajeno”, el otro necesario para dar sentido y reconocimiento, cosa que justamente se busca privar. La recreación de momentos estructurantes, de identificación primaria (tema al que se dedica de forma muy interesante el autor) tiene como objetivo la desestructuración del yo.

En el capítulo sobre “La vida diaria en una cárcel política como sistema de tortura”, cuya autoría es compartida con Mercedes Espínola, Marta Klingler y Elsa Leone, da cuenta a partir de un nivel testimonial, cómo la vida carcelaria está organizada para lograr los objetivos sobre el sujeto, el grupo y la sociedad en general que antes se exponían: ataque al yo, intento de neoformación y establecer un clima de terror generalizado.

El estupendo cuento de Mario Arregui: “Las cuevas de Nápoles”, es trabajado por D. Gil en lo que suele llamarse “Análisis aplicado”. Arribos, cuento y comentario, merecen ser leídos en su totalidad, pues el trabajo tiene una unidad en si mismo que excede la articulación con los otros trabajos de este libro. El engarce fuerte con el tema central del texto está en la experiencia de privación que el personaje del cuento, “Don Pepe”, sufre en un calabozo en Nápoles. La soledad como puede tenerla “casi un muerto”, el silencio “que de tan grande se oye”, el grito sin respuesta, el cuerpo agrietado perdiendo su “yo mismo”, la locura y un intento de rescatarse de ella cuando el otro ausente aparece como presencia en el olor de sus excrementos, “como el más turbio e íntimo de los espejos” que “le permite la comprobación de su propio ser y su propia existencia”.

El último texto sobre “¿El fin de la historia?”, dos páginas finales que dan cuenta del afecto que atraviesa estos trabajos, movimiento del tenor a la esperanza, me sugieren esa joya psicoanalítica y literaria que es el trabajo de S. Freud sobre “La transitoriedad”. El fin de la historia, el fin de las ideologías... el fin, pensarlo desde un lado psicoanalítico como un síntoma de esta época: fin de siglo y de milenio. Puntos que se constituyen en verdaderas referencias simbó-

licas, pero de muy difícil elaboración. La elaboración de duelos colectivos y sus inmensas dificultades puede ser un ángulo para atravesar este libro. La desesperanza, el descreimiento en la vida, salida escéptica frente a la destrucción y la muerte, parecen Intentar destensionar el conflicto vida-muerte inherente a lo humano, en una renuncia anticipada por el temor a la pérdida y al dolor que ella implica.

El optimismo y la ilusión pueden ser solo una variedad de esta dificultad por el duelo, sabores que todos hemos percibido y de los cuales solo podemos salir parcialmente. La esperanza parece dar mas cuenta de la posibilidad de sostenerse vivo en el conflicto humano. Hay en ella reconocimiento de pérdida, aflicción, búsqueda y también incertidumbre.

Javier García